

# Del motor pequeño al grande. El debate acerca de la relación entre lucha política y lucha militar en los orígenes y primeros tiempos de Montoneros

*Lucas Lanusse\**

## Resumen

La Revolución Cubana triunfante en 1959 marcó un antes y un después en las estrategias para la toma del poder por parte de las organizaciones revolucionarias en Latinoamérica. La “teoría del foco” puso el acento en el desarrollo de una organización militar clandestina por sobre la organización política del pueblo. A través de sus acciones, esta pequeña estructura debía transformarse en vanguardia e ir aglutinando al resto de los sectores populares hasta conformar un verdadero ejército. Montoneros tomó muchas de las nuevas ideas, y nació como organización altamente clandestinizada. La similitud entre algunos de sus principios y los que provenían de Cuba eran sorprendentes, entre ellos la necesidad de un mando unificado político y militar y la supremacía estratégica de la lucha armada por sobre el resto de las luchas. John William Cooke había operado en gran medida de puente entre la Revolución Cubana y el peronismo. El desarrollo alcanzado por Montoneros a partir de una determinada estrategia para influir en los frentes de masas tuvo bastante que ver con las ideas implementadas dentro de esta línea, aunque su declaración de fe peronista le planteaba desafíos de difícil respuesta, sobre todo en el mediano plazo.

**Palabras clave:** Cuba, foco, Cooke, Montoneros, peronismo.

\* Universidad San Andrés

*Cuestiones de Sociología*, N° 3, 2006, pp. 117-142.

## 1. Consideraciones preliminares

Uno de los signos distintivos de las décadas de 1950 y 1960 en el mundo fue la expansión del antiimperialismo, sobre todo a partir de las guerras de liberación nacional frente a las potencias coloniales en Asia y África. Las experiencias de Vietnam y Argelia, entre muchas otras, eran percibidas por diversas corrientes revolucionarias como el alzamiento de las clases y los pueblos explotados en contra de quienes pretendían mantenerlos en esa condición. Aun en el marco de la “coexistencia pacífica”, la presencia de una poderosísima Unión Soviética favorecía aquel clima revolucionario.

En América Latina, este proceso daría un salto cualitativo de proporciones a partir del triunfo de la Revolución Cubana en enero de 1959. Para el nuevo continente, aquella experiencia provocó además importantes reformulaciones en las ideas sobre la “estrategia adecuada” para la toma del poder. La victoria a través de las armas y en contra de algunas de las principales tesis de la izquierda tradicional disparó airados debates e inmediatas acciones en los restantes países del centro y sur de América. Como consecuencia, durante los primeros años sesenta se lanzaron a la lucha numerosas agrupaciones guerrilleras, la mayoría de las cuales habían recibido entrenamiento en la isla caribeña. Los sucesivos fracasos de aquel tiempo fueron vistos simplemente como el costo de un inevitable período de aprendizaje, y la idea del Che Guevara de hacer de la Cordillera de los Andes una enorme Sierra Maestra no perdió ímpetu.

Los sectores revolucionarios de la Argentina no fueron la excepción a aquel clima, y recibieron con fuerza el influjo de la experiencia cubana. Aún cuando diversas experiencias guerrilleras naufragaron prematuramente durante la década de 1960,<sup>1</sup> lo cierto es que las mismas fueron sólo la cara visible de un proceso que se dio sobre todo de manera subterránea. Parte de la acelerada y profunda radicalización operada en aquellos años en importantes sectores de las principales corrientes políticas y culturales del país, “explotó” finalmente durante 1970, mediante la espectacular irrupción de varias organizaciones armadas revolucionarias.

<sup>1</sup> En la Argentina, existieron en aquellos años dos experiencias de este tipo que fracasaron: los peronistas de Uturuncos en Tucumán en 1959 y 1960 —en realidad sin vinculación directa con Cuba— y el guevarista Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) en Salta, durante 1963 y 1964. También en 1964 se produjo un hecho que hablaba de una idea relativamente extendida: en un departamento en Capital Federal, estalló un arsenal que reveló la existencia de un grupo liderado por el ex dirigente trotskista Angel “Vasco” Bengoechea, quien se proponía establecer una columna insurgente en Tucumán. Otra experiencia de guerrilla rural fallida fue la de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) en Taco Ralo, Tucumán, en 1968. Para Uturuncos ver: Salas, Ernesto: 2003; para EGP ver Rot, Gabriel: 2000; para las FAP ver Duhalde, Eduardo L. / Pérez, Eduardo M.: 2001.

Naturalmente, los factores externos no fueron los únicos que influyeron en la aparición de la guerrilla setentista. Desde el derrocamiento de Juan Domingo Perón en septiembre de 1955, la Argentina se debatía en una crónica inestabilidad política. La lealtad que las masas mantuvieron hacia el líder exiliado impidió que pudiera establecerse un principio de legitimidad para los sucesivos gobiernos militares y civiles surgidos sobre la base de la proscripción del peronismo. Dentro de aquella dinámica, un paso decisivo para la expansión de las organizaciones armadas fue la existencia, desde junio de 1966, de un gobierno de facto antipopular y represivo, que derivó –principalmente a partir del Cordobazo ocurrido en mayo de 1969– en una ola de contestación generalizada. En poco tiempo, el arco opositor al gobierno integró a numerosos y heterogéneos actores políticos, económicos y sociales, que con su accionar tornaron inviable el proyecto de la Revolución Argentina y favorecieron la inserción y posibilidades de crecimiento de grupos radicalizados en sus objetivos y métodos.

Producto de aquel nudo gordiano, sobre todo a partir de la caída del presidente Onganía en junio de 1970 comenzó a instalarse con fuerza creciente la idea de que el único que podía poner orden a la deteriorada situación era Perón. En efecto, algunos sectores dentro de las Fuerzas Armadas percibieron que para aislar a las corrientes revolucionarios resultaba necesario desactivar al resto de la amplia oposición al gobierno, originada en general en reclamos más puntuales. A pocos escapaba que ello difícilmente fuera posible sin un proceso de apertura política con participación de los partidos, y que cualquier intento en ese sentido requeriría de algún tipo de venia de quien en la práctica aparecía como el referente político de las mayorías populares, es decir Perón (Amaral, 2004: 271).

El intento de incorporar a Perón al proceso político conllevaba de todas formas serias dificultades para el gobierno. Entre las más importantes estaba el hecho de que dentro de los sectores revolucionarios coexistían grupos de la izquierda marxista con otros que se proclamaban peronistas. Es decir que Perón tenía un pie puesto tanto en la fórmula pensada para salvar al sistema como en la que parecía amenazarlo. El líder exiliado no se desharía de ningún naipe: mientras daba señales de que estaba dispuesto a organizar al peronismo para participar en un proceso electoral, alentaba a la guerrilla. La legitimación que recibía esta última aumentaba su amenaza, con lo cual la necesidad de una salida política se tornaba más urgente. Nuevamente todos los ojos giraban hacia Perón, que seguía jugando sus cartas mientras el proceso se realimentaba al infinito.

La organización político-militar Montoneros nació y creció dentro de aquella particular dinámica. Logró combinar con éxito una indudable im-

pronta guevarista en sus métodos y proyectos, con una simultánea declaración de fe peronista. Al poco tiempo del secuestro y la ejecución de Aramburu, en mayo de 1970, Montoneros era reconocido por Perón y gran parte del peronismo como integrante del histórico Movimiento. Formar parte del peronismo deparaba importantes ventajas a los guerrilleros, pero a la vez los enfrentaba a grandes desafíos. Debe considerarse que esta corriente política era por una parte un heterogéneo y multifacético movimiento, cuya amplitud permitía que muy diversos sectores se consideraran parte del mismo, pero que aun cuando tenía fronteras no muy estrictamente demarcadas, era “sólido” en el sentido de que contaba con una larga tradición, numerosos líderes y agrupaciones y un jefe supremo unánimemente reconocido.

En un trabajo anterior reconstruí el proceso que dio origen a Montoneros (Lanusse, 2004). En apretadísima síntesis, la organización se constituyó mediante la fusión –entre fines de 1969 y comienzos de 1970– de los que denominé *grupos originales*. La decisión de tomar las armas fue para estos *grupos* el último paso de un largo camino que incluyó una activa militancia en diversos “frentes de masas”. El trayecto comenzó dentro del amplio *ámbito* de la militancia religiosa y social del catolicismo renovador en la primera mitad de la década de 1960, dio un salto trascendental cuando algunos *círculos* dentro de ese mundo iniciaron el pasaje a lo político tras el golpe de Onganía en 1966, y culminó en la conformación de *grupos* clandestinos armados hacia 1968 y 1969. El camino de militancia fue de la mano con un recorrido ideológico que a las nociones iniciales de “compromiso” y “opción por los pobres” fue sumando el peronismo como identidad, el socialismo como objetivo y la lucha armada como método. Producto de ese recorrido, casi todos los guerrilleros habían militado en diferentes frentes –sobre todo en al ámbito de las universidades públicas y privadas de Córdoba y Santa Fe–, en los cuales incluso algunos futuros jefes montoneros llegaron a tener un protagonismo destacado en los años previos al surgimiento de la organización armada.<sup>2</sup> En consecuencia, los guerrilleros mantenían vínculos con otros actores políticos y sociales.

La decisión de tomar las armas y operar clandestinamente implicó para jóvenes que venían de una activa militancia “de superficie”, una “tensión” o cuestión de difícil resolución referida a la relación entre la actividad militar y la actividad política en los “frentes de masas”, indispensable en última

<sup>2</sup> Es el caso, entre muchos otros, de Emilio Maza en el integralismo cordobés –Universidad de Córdoba–, Mariano Pujadas y Alberto Molina en la Agrupación de Estudios Sociales (AES) –Universidad Católica Argentina de Córdoba–, Mario Ernst y Ricardo Haidar en el Ateneo Santa Fe –Universidad del Litoral– y María Graciela Monina Doldán en el Movimiento de Estudiantes de la Universidad Católica (MEUC), Universidad Católica de Santa Fe.

instancia para quienes aspiraban a tomar el poder. Esta tensión se inscribe dentro de uno de los aspectos de las organizaciones armadas de los años setenta que ha generado mayores debates y discusiones: el de un supuesto “militarismo” exacerbado que –junto con otras características de connotación negativa– las habría llevado a cometer innumerables errores que derivarían en su aislamiento y derrota (Gillespie, 1987). El hecho de haber sido la organización político-militar revolucionaria y a la vez peronista de mayor impacto en la escena política local hace que para el caso de Montoneros este debate adquiera especial complejidad y relevancia, no obstante lo cual en general ha sido abordado mucho más desde la opinión que a partir de investigaciones sistemáticas. En efecto, los autores no se han detenido en un tema de importancia tal como la forma en que los “combatientes” pensaban relacionarse con los “frentes de masas”, ni han intentado dilucidar de qué manera aquellas estrategias brindaron, para el caso de Montoneros, resultados que *a priori* podrían catalogarse de sorprendentes si se tiene en cuenta el auge de la organización durante el año 1973.

El presente artículo se propone sentar algunos lineamientos respecto a cómo se plantearon en Montoneros aquellos debates sobre la relación entre la actividad militar y la actividad política, tanto en el camino que derivó en la conformación de la organización como en los primeros tiempos de su existencia. El texto no se basará tanto en una reconstrucción histórica, sino sobre todo en algunos documentos vitales para –precisamente– iluminar los hechos que jalonaron la historia de Montoneros, aun en períodos que este trabajo no cubre.<sup>3</sup> Se verá la importante influencia de las ideas exportadas por la Revolución Cubana y la manera en que las mismas comenzaron a adaptarse al hecho de que Montoneros formara parte del peronismo. Trataremos sólo superficialmente las múltiples particularidades que derivaban de la identidad peronista, aspecto que motivaba debates que excedían la “cuestión organizativa” y la relación entre la tarea militar y la tarea política, y requieren un tratamiento que excede el marco del presente artículo.

## 2. Las enseñanzas de la Revolución Cubana

Dentro del campo revolucionario latinoamericano, los debates políticos de fines de los años sesenta se daban en un contexto radicalmente trastocado a partir del triunfo de la Revolución Cubana. La misma se había declarado socialista e introdujo en la teoría revolucionaria marxista algunas ideas no-

<sup>3</sup> Entiendo, por ejemplo, que el nacimiento y auge de las JP Regionales puede ser entendido sobre todo a partir de los debates sobre lucha armada y frentes de masas que la precedieron.

vedosas, a partir de lo que se suponía eran las características particulares de Latinoamérica. La nueva doctrina fue bautizada como la “teoría del foco”.

La figura guerrillera latinoamericana por excelencia, Ernesto Che Guevara, fue uno de los principales promotores de las nuevas ideas. Decía el cubano-argentino al respecto: “tres aportaciones fundamentales hizo la Revolución Cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América; son ellas: 1º Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. 2º No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas. 3º En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo”.<sup>4</sup> De las tres, hacia fines de la década de 1960, la tercera terminaría perdiendo vigencia en la Argentina, no así las otras dos.

La teoría del foco fue desarrollada por el intelectual francés Régis Debray. En 1967 se daba a conocer *¿Revolución en la Revolución?*, obra de su autoría que condensaba los aspectos principales de las nuevas ideas.<sup>5</sup> Al igual que en el caso de Guevara, cuando Debray hablaba de guerrilla se refería fundamentalmente a la guerrilla rural, no obstante lo cual muchos de los restantes principios serían aplicados casi al pie de la letra por las organizaciones armadas revolucionarias que actuaron públicamente en la Argentina a partir de 1970.

Debray partía de la premisa de que “para destruir un ejército es necesario otro”, lo cual suponía “entrenamiento, disciplina y armas”.<sup>6</sup> En su opinión, lo que distinguía la “fraseología de la teoría revolucionaria” era dotar o no a las fuerzas populares de un destacamento armado, “orgánicamente independiente de la población civil”, y que aspirara a la conquista del poder político.<sup>7</sup> Esta concepción se oponía a las ideas que Debray llamaba de “insurrección trotskista” y de “autodefensa”. En opinión del autor francés, esas doctrinas decían actuar “en nombre de las masas contra la acción de un ‘puñado de aventureros’” y hacían del sindicato la base de organización y el motor de la lucha de clases, pero terminaban llevando a esas mismas masas al suicidio.<sup>8</sup> En contraposición, la guerrilla revolucionaria debía ser clandestina y nacer y desarrollarse en secreto, para darse a conocer en el momento y lugar escogidos por su jefe. Tanto en su acción como en su organización, la guerrilla precisaba ser independiente de la población civil, para proteger

<sup>4</sup> Guevara, Ernesto: “Esencia de la lucha, estrategia y táctica guerrilleras”, en Mayer, Marcos (comp.): *Ernesto Che Guevara. La Revolución, escritos esenciales*, Buenos Aires, Taurus, 1996, p. 19.

<sup>5</sup> Debray, Régis: *¿Revolución en la Revolución?*, sin editorial ni año de edición.

<sup>6</sup> Debray: op. cit., p. 28.

<sup>7</sup> Debray: op. cit., p. 29.

<sup>8</sup> Debray: op. cit., p. 33.

a esta última del ejército represivo y a su vez para proteger la propia seguridad de la guerrilla, evitando ser infiltrada.

El intelectual francés tampoco creía que debiera priorizarse lo que él denominaba “propaganda armada”, es decir la creación de células en los pueblos para fomentar las luchas sindicales y repetir sin descanso el programa de la Revolución. Su postura crítica respecto a tal línea se basaba fundamentalmente en el hecho de que la misma implicaba que recién cuando se hubiera logrado el apoyo activo de las masas y una retaguardia sólida debía pasarse a la acción directa contra el enemigo. Al afirmar que “*la propaganda armada sigue al a acción militar, pero no la precede*”, Debray invertía el orden cronológico de ambas actividades. En este punto distinguía la experiencia de Vietnam de la de América Latina, ya que mientras en Vietnam la pirámide militar de las fuerzas de liberación se construyó desde la base, en América Latina, siguiendo la experiencia de Cuba, tendía a constituirse desde la cúspide: “fuerzas permanentes primero –el foco–; fuerzas semirregulares luego, en las inmediaciones del foco; milicias al final o después de la victoria”.<sup>9</sup> Ello por varios motivos: en primer término, porque los focos guerrilleros latinoamericanos, al comienzo de su acción, ocupaban regiones relativamente poco pobladas; en segundo lugar, debido a que la fuerza física de la policía y el ejército era *tabú* en esta parte del mundo; tercero, porque la “reacción” y el imperialismo controlaban directamente vastas regiones; y finalmente, debido a que –siempre refiriéndose a América Latina– no existían fuerzas regulares revolucionarias o semirregulares ya constituidas.

Debray criticaba también para Latinoamérica la idea de que la guerrilla dependiera de un frente patriótico o de un partido, ya que esta circunstancia conducía a una serie de errores militares mortales. Entre estos errores estaba la falta del mando único, con la consecuencia de la carencia de un plan general de acción y de definición respecto a cual forma de lucha era la fundamental y cuál la subordinada. En Cuba, Fidel había impuesto desde el principio una clara estrategia: el acento principal debía ponerse en la consolidación de la guerrilla rural, en el Ejército Rebelde; a éste correspondía la dirección del Movimiento, ahí estaba la cabeza de todo el país. En la visión del francés, Cuba ofrecía en ese sentido “el ejemplo de un desarrollo armonioso de la guerrilla a partir de un núcleo central cuyo crecimiento se opera naturalmente”.<sup>10</sup>

En la misma línea, Debray creía que los Frentes y las Alianzas absorbían la atención y dispensaban de poner el pie en el instrumento para realizar el programa, es decir el ejército popular. La conciencia y la organización no debían preceder a la acción revolucionaria, ya que “se va de lo más pequeño a lo más grande”.<sup>11</sup> Lo más pequeño era el foco guerrillero, núcleo del ejérci-

<sup>9</sup> Debray: op. cit., p. 41.

<sup>10</sup> Debray: op. cit., p. 66.

<sup>11</sup> Debray: op. cit., p. 69.

to popular. No era un frente el que creaba ese núcleo, sino el núcleo el que, al desarrollarse, permitía desarrollar un frente nacional revolucionario. Se trataba del “pequeño motor” que ponía en marcha el “gran motor” de las masas y precipitaba la formación de un frente, en la ascensión de las victorias obtenidas por el pequeño motor.

Debray no desconocía que muchos se oponían a subordinar las formas pacíficas de la lucha de masas a la lucha armada de masas, con el argumento de que ello equivaldría a hacer depender la línea política emprendida por el partido de vanguardia de la estrategia militar, y subordinar la dirección del partido a la dirección militar. El mismo autor respondía que pensar eso era ridículo, ya que la guerra de guerrillas era “de esencia política”. No se debía oponer lo político a lo militar, ni “cuadros políticos” y “cuadros militares”, ni “dirección política” y “dirección militar”, ya que “políticos” puros no servían para dirigir la lucha armada del pueblo, y en cambio “militares” puros, dirigiendo una guerrilla, se convertían en “políticos” también.<sup>12</sup>

En este punto Debray se hacía una pregunta cuya respuesta consideraba clave: ¿Qué había que fortalecer en aquel momento, el Partido o la Guerrilla? Algunos respondían que el Partido, pues sólo el Partido de la clase obrera podía crear un verdadero ejército del pueblo. Esta idea se basaba en el hecho de que en Rusia, China y Vietnam las victorias se habían obtenido a partir de “la existencia *separada* de la vanguardia política y el instrumento militar, con predominio absoluto de la primera sobre el segundo”.<sup>13</sup> Debray, por el contrario, seguía la línea argumental de Fidel Castro: no hay revolución sin vanguardia, y esa vanguardia no es necesariamente el Partido marxista-leninista. Los que quisieran hacer la revolución tenían el derecho y el deber de constituirse en vanguardia, independientemente de esos partidos. El fracaso de los Partidos Comunistas latinoamericanos era un claro indicio en ese sentido.

La segunda gran pregunta que se hacía el intelectual francés era la siguiente: ¿podía el Partido, en las condiciones existentes en la América Latina, crear el ejército popular, o era el ejército popular el que debía crear el Partido de vanguardia? Nuevamente se ponía el ejemplo de Cuba: el movimiento guerrillero comenzaba por hacer la unidad en él, en torno de las tareas militares más urgentes, que son ya tareas políticas. La más decisiva de las definiciones políticas era pertenecer a la guerrilla. Así, poco a poco, ese pequeño Ejército hacía la unidad por la base de todos los Partidos, a medida que crecía y obtenía las primeras victorias. Finalmente, el futuro Ejército del

<sup>12</sup> Debray: op. cit., p. 74.

<sup>13</sup> Debray: op. cit., p. 80.

Pueblo engendraría el Partido del que habría debido ser teóricamente el instrumento: en lo esencial el Partido era él. Ése era el aporte fundamental de la revolución latinoamericana y su vanguardia, la revolución cubana, a la experiencia revolucionaria internacional y al marxismo-leninismo: “En ciertas condiciones, la instancia política no se separa de la instancia militar: ambas forman un todo orgánico. Esta organización es la del Ejército Popular cuyo núcleo es el ejército guerrillero. El Partido de vanguardia puede existir bajo la forma propia del foco guerrillero. La guerrilla es el Partido en gestación”.<sup>14</sup>

La Dirección debía en consecuencia ser homogénea, política y militar al mismo tiempo. Una guerrilla no podía desarrollarse militarmente sino a condición de que se convirtiera en vanguardia política. No debía ser “una guerrilla de presión” o diversión política. Precisamente porque era una lucha de masas, y la más radical de todas, la guerrilla tenía necesidad, para triunfar *militarmente*, de reunir *políticamente* en torno de ella a la mayoría de las clases explotadas. No podía triunfar sin su participación activa y organizada, puesto que era la huelga general o la insurrección urbana generalizada lo que daría el tiro de gracia al régimen y destruiría sus últimas maniobras – golpe de Estado de último minuto, junta de reemplazo, elecciones– al extender la lucha a todo el país. Pero para llegar ahí, se necesitaba un largo esfuerzo paciente para coordinar todas las formas de lucha, e intervenir cada vez más en la vida civil del país.

Para que el pequeño motor pusiera en marcha al gran motor de las masas, era preciso, primero, que sea reconocido por las masas como su único intérprete y su único guía. Para que se operara ese reconocimiento era a su vez necesario que la guerrilla asumiera todas las funciones de mando, políticas y militares. Todo movimiento guerrillero que quisiera llevar hasta el fin la guerra del pueblo, convertirse en ejército regular y comenzar una guerra de movimiento y posiciones, debería, en la América Latina, llegar a ser la vanguardia política indiscutida, con lo esencial de su dirección incorporada a su mando militar. Debray opinaba, en definitiva, que para poner en marcha la política revolucionaria había que invertir los recursos en una organización simultáneamente política y militar, por encima de todas las polémicas existentes. El mejor medio de acabar con las vacilaciones era pasar al ataque del imperialismo y sus capataces locales allí donde las condiciones estuvieran dadas.

Cuando entre julio y agosto de 1967 se reunió en la Habana la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), la

<sup>14</sup> Debray: op. cit., p. 90.

declaración resultante sintetizó varias de las nuevas ideas. Por lo pronto, el documento afirmaba que para la mayoría de los países del continente “el problema de organizar, desarrollar y culminar la lucha armada” constituía en ese entonces “la tarea inmediata y fundamental del movimiento revolucionario”, mientras que todas las demás formas de lucha debían servir y no retrasar al desarrollo de esa línea fundamental. A su vez, se declaraba que la guerrilla, como “embrión de los ejércitos de liberación”, era “el método más eficaz para iniciar y desarrollar la lucha revolucionaria”, mientras que la dirección de la revolución exigía “la existencia del mando unificado político y militar como garantía de su éxito”.<sup>15</sup>

La figura de John William Cooke fue clave en la combinación de las nuevas ideas que trajo la Revolución Cubana con el peronismo. Tras la cárcel, el exilio y una corta militancia legal posteriores a 1955,<sup>16</sup> en mayo de 1960 Cooke decidió emigrar a Cuba. Durante los años siguientes organizaría el reclutamiento de activistas argentinos decididos a prepararse para futuros emprendimientos guerrilleros. A fines de 1963 regresaría a la Argentina y al año siguiente organizaría Acción Revolucionaria Peronista (ARP). Desde su partida a Cuba, y aún luego de su regreso a Buenos Aires, la influencia política de Cooke en las estructuras de conducción del peronismo y en las organizaciones sindicales fue escasa. No obstante ello, sus escritos y conducta le ganaron un importante prestigio, particularmente en los grupos radicalizados y juveniles del Movimiento y en sectores de la izquierda revolucionaria.

Desde un comienzo Cooke quedó hondamente impactado por la Revolución Cubana. Su estadía en la isla lo convenció de que el Peronismo debía realizar un proceso de renovación y actualización ideológica. En consecuencia, predicó hasta el cansancio la necesidad de ligar la experiencia de la Resistencia Peronista con el influjo de la Revolución liderada por Fidel Castro. Cooke veía varias circunstancias que en su criterio hablaban a las claras de los errores de un peronismo entendido como “nacionalismo burgués”: la

<sup>15</sup> Revista *Cristianismo y Revolución* N° 5, noviembre 1967, p. 44 y 45.

<sup>16</sup> Diputado durante el primer gobierno de Perón, Cooke fue encarcelado a fines de 1955. En 1956 Perón lo nombró su delegado personal y desde la cárcel intentó organizar las actividades de la Resistencia. En marzo de 1957 se fugó de la penitenciaría de Río Gallegos y se instaló en Chile. Allí representó al Comando Adelantado de Santiago de Chile y fue el principal creador e impulsor del clandestino Comando Nacional Peronista de la Capital Federal, junto a César Marcos y Raúl Lagomarsino. Paradójicamente para quien sería uno de los principales enemigos de aprovechar la “pseudo legalidad” que ofrecía el régimen, en 1958 Cooke participó en Caracas de las negociaciones en las que se rubricó el pacto Perón-Frondizi. Tras la amnistía de ese mismo año, regresó al país. Sobre Cooke ver Mazzeo, Miguel (comp.): *Cooke, de vuelta (El gran descartado de la historia argentina)*, Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1999.

indefinición de su programa respecto a factores de poder que lo condicionaron y finalmente lo derrocaron, la defección de la burguesía de la coalición peronista original, y, por último, la conducta “pusilánime, corrupta y cómplice” de amplios sectores de la dirigencia peronista (Bozza, 2001: 155).

Cooke observaba atentamente las luchas anticoloniales y revolucionarias de los tempranos años sesenta y percibía una cambiante relación de fuerzas en el mundo y el continente. En su visión, esta nueva realidad requería una transformación revolucionaria del Movimiento y de su programa. Tal como él creía que lo demostraban los enfrentamientos de la década, la lucha por la liberación nacional y social eran instancias inescindibles, ya que en un país dependiente las clases dominantes eran aliadas del imperialismo. En consecuencia, Cooke sostenía que la lucha contra el enemigo imperialista implicaba una lucha simultánea en contra de las clases dominantes nativas. En esta cruzada, la Revolución Cubana proveía el modelo de socialismo, que implicaba reinterpretar la doctrina de la “tercera posición” proclamada por Perón durante su primer gobierno.

Más allá de la influencia de Cuba en la radicalización de las ideas de Cooke, la experiencia de la isla también lo convenció acerca de la necesidad de incorporar nuevos métodos de acción, muy diferentes a los que tradicionalmente había utilizado el peronismo. En un documento dado a conocer en 1967 Cooke condensaba varias de sus conclusiones en ese sentido.<sup>17</sup> Afirmaba el dirigente peronista: “nuestra concepción estratégica es hoy, siempre, la de la lucha armada”. En su visión, en aquel momento se encontraban dadas las condiciones mínimas para emprender esa lucha “con posibilidad de repercutir y contribuir al salto de conciencia colectiva que otros confían a la prédica y a las acciones de masas rigurosamente legales”.

Cooke, al igual que Debray, era plenamente consciente de que dentro de la propia izquierda había argumentos en contra de las tesis armadas. Se trataba de aquellos que sostenían que la violencia revolucionaria no era objetable, pero que para emplearla debían existir ciertas condiciones que la diferenciaban de la “provocación” y la “aventura”. Aun si aquello fuera cierto, Cooke se preguntaba quién fijaba esas condiciones. En su opinión, el análisis de los “científicos” que se oponían a iniciar la lucha armada se volvía una simple lectura de datos sin misterio: “ellos aciertan con Lenin, con Ho Chi Minh, con Fidel Castro, es decir, se apropian de los aciertos ajenos, pero recién cuando se han concretado como aciertos”. Acertar con Fidel,

<sup>17</sup> Acción Revolucionaria Peronista (ARP): “Documento interno para los compañeros peronistas”, en Baschetti, Roberto (comp.): *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*, La Plata, de la Campana, p. 454 a 468.

concluía, es “intentar lo que él intentó, seguir el camino que él abrió”. Dentro de esta lógica, “la posibilidad de la guerra revolucionaria sólo puede demostrarse mediante la guerra misma”.

Al final del documento, Cooke pasaba en limpio sus principales ideas: todo el esfuerzo de las organizaciones revolucionarias debía ser para la guerra; la capacidad para desatar y conducir la guerra residía en la identificación ideológica y combativa de sus cuadros político-militares; toda la guerra debía apoyarse y tener como eje el frente guerrillero; y –siempre en línea con las ideas provenientes de Cuba– “la planificación global y la conducción estratégica de todas las formas de lucha” debían estar en manos de la dirección combatiente.

Muchos otros peronistas hicieron, al menos en algunos aspectos, una evolución similar a la de Cooke. Proponían una insistencia en las virtudes subjetivas de la dureza, la intransigencia y la lealtad, identificadas con la Resistencia Peronista de 1955-1960. Estaban convencidos de que la fuerza era la única manera efectiva de presionar a gobernantes y patrones, y criticaban a la “burocracia dirigente” del movimiento. La discrepancia ideológica y metodológica con los sectores más negociadores se fue agudizando con el tiempo, y dio lugar a lo largo de los años sesenta a la configuración de núcleos combativos en diversos sindicatos.<sup>18</sup> Más allá de muchas coincidencias ideológicas, dentro del campo del Peronismo Revolucionario hubo desde esos años diferentes posturas acerca de la estrategias a emplear, ya que no todos coincidían con la línea cubana de Cooke.

### **3. El origen de Montoneros y el debate sobre el método principal de lucha**

El tema del papel de las luchas política y militar y la forma de combinarlas –en el marco de las discusiones acerca de los métodos para acceder al poder–, generó uno de los principales debates dentro del campo revolucionario argentino de fines de la década de 1960. Si bien pocos de entre quienes ostentaban fines radicales dudaban de la necesidad de emplear métodos violentos para “despojar de sus privilegios” a las clases dominantes, existían

<sup>18</sup> En las filas de ese liderazgo alternativo emergieron activistas como Gustavo Rearte en el sindicato de jaboneros y perfumistas, Raimundo Villafior en la UOM de Avellaneda, Sebastián Borro entre los trabajadores de la carne, Andrés Framini en la Asociación Obrera Textil, Angel Bengoechea en las agrupaciones gremiales de Berisso, Jorge Di Pasquale en el sindicato de Farmacia, Ricardo De Luca en el de constructores navales, Alberto Belloni en ATE, Raimundo Ongaro en los gráficos, Amado Olmos en el sindicato de la sanidad y Julio Guillán en los telefónicos.

entre ellos diferencias sobre la forma y la oportunidad. En ambos extremos de las posiciones estaban quienes pensaban que el poder debía ser tomado directamente por las masas producto de un trabajo de concientización y organización política previos –teoría de la insurrección–, y quienes a partir de la experiencia de Cuba sostenían que por el contrario el instrumento debía ser un ejército popular desarrollado a partir de una vanguardia armada, teoría del foco. En un caso se pensaba que debía privilegiarse sobre todas las cosas el trabajo político, mientras que en el otro el acento se ponía en la puesta en marcha del aparato militar. Entre ambas posturas, desde ya, convivían infinidad de matices.

Los *grupos originales*, que a comienzos de 1970 dieron origen a Montoneros, tuvieron entre sus puntos de contacto el de suscribir la tesis de la necesidad impostergable de desarrollar el foco como primer paso de la “guerra popular y prolongada” que derivaría en la toma del poder. Esos *grupos* fueron por lo menos cinco: el *Grupo Fundador*, conformado por una célula porteña y otra cordobesa y cuyos jefes eran Fernando Abal Medina y Emilio Maza respectivamente; el *Grupo Sabino*, que al igual que la célula porteña del *Grupo Fundador* tenía su centro de operaciones en Capital Federal y el Gran Buenos Aires, y cuyo líder era José Sabino Navarro; el *Grupo Santa Fe*, liderado por Mario Ernst; el *Grupo Córdoba*, entre cuyos principales referentes se encontraban Alberto Molina, Luis Rodeiro y el cura Elvio Alberione; y finalmente el *Grupo Reconquista*, con alguna influencia en el norte de la provincia de Santa Fe y ramificaciones en Tucumán y Salta, integrado entre otros por Roberto Perdía (Lanusse, 2004).

Los *grupos originales* fueron producto de un largo recorrido militante originado en el catolicismo renovador, pero inscripto a su vez dentro de un campo bastante más amplio y sumamente dinámico de sectores que –provenientes de distintas tradiciones– se radicalizaron aceleradamente, sobre todo a partir de 1966. Por tal motivo, quienes integrarían aquellos *grupos originales* participaron en infinidad de encuentros políticos en los cuales se debatía acaloradamente sobre diversos temas, entre ellos justamente el de la relación entre trabajo político y trabajo militar y la eventual preeminencia de uno sobre otro (Lanusse, 2004).

Entre los encuentros más importantes de la época estuvo uno realizado en julio de 1967 en Quilmes, organizado por el *Comando Camilo Torres* que dirigía Juan García Elorrio<sup>19</sup>. Participaron del mismo, entre otros, Mario Fir-

<sup>19</sup> Juan García Elorrio era un ex seminarista muy cercano a John William Cooke. En 1966 fundó la revista *Cristianismo y Revolución*, que se convirtió en punto de encuentro de cristianos radicalizados. La acción directa de estos grupos era llevada a cabo por el *Comando Camilo Torres*, cuyo jefe era el propio García Elorrio.

menich y Fernando Abal Medina –que pertenecían al Camilo de Buenos Aires y serían parte de la célula porteña del *Grupo Fundador*–, Emilio Maza e Ignacio Vélez –del Comando Camilo Torres de Córdoba y futuros jefes de la célula cordobesa del *Grupo Fundador*–, Marcelo Nívoli –quien militaba en el Ateneo Santa Fe e integraría el *Grupo Santa Fe*–, y Roberto Perdía, que sería uno de los creadores del *Grupo Reconquista*. En las discusiones se enfrentaron dos posturas sobre cómo se podría derrotar a la dictadura de Onganía y tomar el poder. De un lado estaban los que defendían la vía insurreccional, y del otro quienes apostaban al establecimiento de un foco guerrillero. El Camilo, cuyo vocero fue Abal Medina, defendía la teoría del foco, y en general pensaban igual todos los que pocos años después conformarían Montoneros. Como era habitual, la discusión fue bastante apasionada.<sup>20</sup>

Del encuentro en Quilmes surgió un comunicado que García Elorrio llevó al encuentro de la OLAS, en Cuba. El documento enumeraba varias conclusiones, entre ellas, que la toma del poder por el pueblo se volvía “imposible de conseguir por medios pacíficos”, y que la política postulada para superar el estancamiento y dependencia del sistema, sólo podía darse “en el plano de la lucha armada, continuando y profundizando la lucha antioligárquica antiimperialista iniciada por el peronismo”.<sup>21</sup>

Otro Congreso en el cual se debatieron estos temas fue el que realizó la *Tendencia Revolucionaria* del peronismo en agosto de 1968, en las instalaciones del Sindicato de Farmacia en Buenos Aires.<sup>22</sup> Al mismo concurren, entre muchos otros, parte de quienes integrarían el *Grupo Córdoba*, el *Grupo Santa Fe* y el *Grupo Sabino*.<sup>23</sup> Nuevamente se planteó el debate sobre si estaban dadas las condiciones objetivas para lanzar la lucha armada o si todavía

<sup>20</sup> Entrevista del autor a Roberto Perdía; ver además: Anguita, Eduardo / Martín Caparrós: *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, p. 123.

<sup>21</sup> Revista *Cristianismo y Revolución* N° 06-07, abril 1968, p. 3.

<sup>22</sup> Poco después de la formación de la CGTA, y previendo que esta experiencia pudiera quedar trunca, el ex delegado de Perón Bernardo Alberte impulsó el intento de estructurar una “tendencia revolucionaria” dentro del peronismo. El objetivo era crear una suerte de partido de la izquierda peronista, una plataforma donde hubiera lugar para las incipientes formaciones guerrilleras, los sindicalistas de la CGTA, las agrupaciones políticas, juveniles y estudiantiles, las organizaciones barriales y los comandos fabriles (ver Gurrucharri, Eduardo: *Un militar entre obreros y guerrilleros*, Buenos Aires, Colihue, 2001, p. 245).

<sup>23</sup> Asistieron a ese congreso sindicalistas combativos como Jorge di Pasquale y Julio Guillán, y militantes de numerosas agrupaciones, entre otras la JP de la Zona Norte, la JP de La Plata, *Cristianismo y Revolución*, Juventud Revolucionaria Peronista (JRP), Acción Revolucionaria Peronista (ARP), Movimiento de la Juventud Peronista (MJP), Ateneo Santa Fe, *Lealtad y Lucha* de Córdoba y el integralismo cordobés. También se hizo presente John William Cooke, en un estado de salud bastante deteriorado (ver Gurrucharri, op. cit. p. 245-248).

faltaba nivel de organización popular, primando en general la primera postura. Una vez más, los participantes de los *grupos originales* se alinearon entre quienes postulaban la necesidad de lanzar cuanto antes la lucha armada.<sup>24</sup>

En enero de 1969 se realizó el “Plenario Nacional del Peronismo” en Pajas Blancas, Córdoba, que convocó a la mayoría de los sectores duros del Movimiento, entre ellos los de la *Tendencia Revolucionaria* conformada en el congreso de agosto del año anterior. En este nuevo Congreso se sostuvieron tres posturas. Una sustentada fundamentalmente por el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) conducido por Gustavo Rearte, que sostenía la necesidad de profundizar la organización de la clase trabajadora y afirmaba que mientras no se hubiera avanzado suficientemente en ese sentido no se debía iniciar la lucha en el plano militar. La segunda posición era defendida por diversos sindicalistas y tenía puntos de contacto con la primera, ya que proponía como prioridad el fortalecimiento de la estructura sindical, fundamentalmente a través de la CGT de los Argentinos. La tercera posición invertía las prioridades y sostenía que era necesario lanzar la lucha armada, justamente como única manera de crear las condiciones que concientizaran y permitieran organizar al pueblo peronista.<sup>25</sup> Estos últimos, en su mayoría integrantes de la *Tendencia Revolucionaria*, fueron acusados de “foquistas”.

La *Tendencia Revolucionaria* presentó en el Plenario un documento con el objeto de expresar su opinión sobre la estrategia y la táctica revolucionarias necesarias para la toma del poder por el pueblo.<sup>26</sup> Tal como indicaba la tradición de los foquistas, se criticaba a los partidos de izquierda tradicionales, pero además al Movimiento Peronista, indicando que el mismo, “a semejanza de los partidos comunistas prosoviéticos”, había “entrado en la etapa de la ‘coexistencia pacífica’ con el enemigo”. No en vano –decía el documento– desde el propio peronismo se atacaba a quienes propugnaban la lucha armada revolucionaria “con la calidad de ‘castristas’, ‘chinoístas’, ‘marxistas’”. A pesar de aquellas críticas, el documento reafirmaba la postura de quienes lo suscribían: “aquí, ante este panorama, no hay alternativa. Ha llegado la hora de armar las ideas, puesto que las ideas que no se arman son aplastadas, sucumben, no triunfan nunca”. Siguiendo la lógica guerrera, el documento expresaba: “frente a las grandes unidades represivas convencionales, una minoría armada del pueblo debe actuar en función de producir acontecimientos político–militares que hagan poco a poco reaccionar a las

<sup>24</sup> Entrevistas del autor a Elvio Alberione y José Amorín.

<sup>25</sup> Revista *La Causa Peronista* N° 4, 30-07-74, pp. 9 a 11.

<sup>26</sup> *Tendencia Revolucionaria del Peronismo: “Estrategia y táctica revolucionarias”*, en Baschetti, Roberto (comp.): *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*, La Plata, de la campana, pp. 587 a 597.

grandes masas y que consiga la incorporación del pueblo como ejército". De esa manera, la minoría armada inicial se transformaría finalmente en "el Ejército del Pueblo".

Una vez más, quienes suscribían estas ideas no pudieron obviar las críticas que recibían por "olvidar" la lucha de masas. El documento rechazaba esa acusación, y respondía que la guerra de guerrillas o de vanguardias armadas era "una guerra del pueblo, una lucha de masas" que simplemente nacía antes de que la lucha de masas se generalizara a través del ejército popular. Para el caso puntual de la Argentina, el documento manifestaba que los golpes de Estado indicaban a las claras que los dirigentes políticos debían ser "conductores revolucionarios de masas para la lucha armada y para la lucha política en función de la lucha armada", lo que imponía "estudiar estrategia como único medio para hacer la política". Por los motivos expuestos, la *Tendencia* manifestaba estar "contra las soluciones electorales o contra las soluciones golpistas y contra cualquier otra de las estratagemas que utiliza el régimen para prolongar su agonía inevitable". En síntesis, y en consonancia con las ideas provenientes de la Revolución Cubana, los integrantes de la *Tendencia* sostenían el criterio de que la lucha armada debía ser bajo aquellas condiciones "la vía principal de la acción política".

De los *grupos originales*, el que más lejos llevó las prácticas foquistas previamente al nacimiento de Montoneros fue el *Grupo Fundador*. Seguramente influyó el hecho de que Fernando Abal Medina hubiera militado brevemente en Acción Revolucionaria Peronista (ARP), organización creada por John William Cooke, sumado a la circunstancia de que el mismo Abal y Emilio Maza realizaran un viaje a Cuba de adoctrinamiento y entrenamiento entre fines de 1967 y comienzos de 1968. A partir de la convicción de que debían comenzar a construir el aparato militar, ya en 1967 los militantes del *Grupo Fundador* cortaron las relaciones políticas que mantenían. Cada militante ideó una cobertura que funcionara como excusa para abandonar la militancia política: se mostraban "quebrados", se casaban, o comenzaban a estudiar, con la idea de que nadie siquiera sospechara de su actividad clandestina.<sup>27</sup> Producto de las enseñanzas de Debray, pero también de diversas experiencias vividas en el peronismo, el fantasma de la infiltración era para Abal Medina un peligro latente y como jefe del grupo obraba en consecuencia. En esas condiciones comenzaron a realizar operativos armados sin firmarlos.

A pesar de las ideas foquistas que todos en mayor o menor medida suscribían y que el *Grupo Fundador* aplicó a conciencia, lo cierto es que — como se mencionó— los *grupos originales* eran el producto de una larga militancia de superficie en diferentes frentes y por lo tanto sus integrantes con-

<sup>27</sup> Entrevista del autor a Ignacio Vélez.

taban con importantes redes de contactos que iban de la Iglesia al Peronismo Revolucionario. Las experiencias de militancia de superficie había calado hondo en muchos de ellos, y esa “veta política” nunca dejaría de estar presente. A excepción del *Grupo Fundador*, el resto deliberadamente mantenía relaciones fluidas con agrupaciones estudiantiles, barriales y obreras (Lanusse, 2004). A este factor debe sumársele el hecho de que al haber optado todos por la identidad peronista, la realidad tendía a ser bastante más compleja de lo que podían indicar los manuales. Los guerrilleros peronistas podían aspirar a convertirse en la vanguardia del proceso revolucionario, pero no podían obviar el liderazgo unánimemente reconocido de Perón, ni la existencia de numerosas agrupaciones y dirigentes peronistas con un largo historial combativo posterior a 1955.

Tras los largos recorridos que les fueron dando forma, entre fines de 1969 y comienzos de 1970 los *grupos originales* confluyeron en lo que sería la organización Montoneros. Todos coincidían en que la lucha armada era el método principal para acceder al poder, pero la fusión implicó que se comenzaran a sintetizar algunas diferencias pendientes respecto a la vinculación entre el aparato militar y los “frentes de masas”.

Ante la unificación del *Grupo Córdoba* y el *Grupo Fundador* a partir de diciembre de 1969, el primero hizo primar su criterio de mantener vínculos con la actividad política, pero a su vez se seleccionó de entre sus militantes a aquellos que tenían mejores condiciones para incorporarse al aparato militar del *Grupo Fundador*. Ello implicó, paradójicamente, que esos militantes abandonasen sus trabajos de base y se convirtieran en aspirantes a combatientes de una estructura pequeña y audaz.<sup>28</sup>

Algo similar ocurrió a partir de enero de 1970 entre el *Grupo Sabino* y el *Grupo Fundador*, con el comienzo de la integración de ambos. El *Grupo Sabino* tenía una conducción colegiada, la responsabilidad o jefatura de cada operativo rotaba de uno a otro y el resto de los combatientes tenía una amplia participación en las decisiones. Por otra parte, todos desarrollaban alguna tarea política, al punto que ello era obligatorio para poder llegar a combatiente. El liderazgo de Sabino se debía a su carisma, a su capacidad de decisión y a su trayectoria como dirigente sindical y del Peronismo Revolucionario, pero formalmente no existía una jefatura. Tampoco existía un régimen de sanciones. Las faltas derivaban en autocríticas y eventualmente alguna discusión fuerte, pero nada más. Ello lo diferenciaba del *Grupo Fundador*, que se caracterizaba por una rígida disciplina y una definida línea de autoridad: los combatientes se numeraban desde el primero al último, con el objeto de que si el que estaba adelante caía era automáticamente reemplaza-

<sup>28</sup> Entrevistas del autor a Elvio Alberione e Ignacio Vélez.

do por el siguiente. La numeración también servía para promocionar o degradar a un cuadro de acuerdo a sus aciertos o sus errores. Las decisiones se tomaban entre pocos y las órdenes se acataban sin discusiones.<sup>29</sup>

Debido al convencimiento de Sabino de que era necesaria la integración al *Grupo Fundador* más allá de estas diferencias, nuevamente se llegó a una suerte de punto medio. El *Grupo Sabino* aceptó en consecuencia las reglas propuestas por el *Grupo Fundador* en cuanto a los criterios de autoridad, mientras que este se avino a los criterios del *Grupo Sabino* acerca de que los combatientes debían desarrollar tareas políticas o, al menos, que las mismas no eran incompatibles con las tareas militares.<sup>30</sup>

En mayo de 1970 el grupo que se incorporaría al proceso de gestación de Montoneros en torno al *Grupo Fundador* fue el *Grupo Santa Fe*, y a partir de julio otro tanto haría el *Grupo Reconquista*.<sup>31</sup> En estos casos, de todas formas, no hubo demasiado tiempo para debates debido al secuestro de Aramburu el 29 de mayo, y a las caídas y la dispersión posteriores a la toma de La Calera el 1º de julio y al combate de William Morris el 7 de septiembre. La prioridad era subsistir, y no quedaba demasiado espacio para discusiones. De todas formas, existen en los documentos de aquellos meses referencias al tema de las relaciones entre la vanguardia armada y los “frentes de masas”.

En un documento de fines de 1970, por ejemplo, Montoneros declaraba que antes de su aparición pública existió una etapa de “organización y preparación de la resistencia armada”, en la que se habían fogueado en el combate realizando diversas operaciones como atentados, asaltos a policías de parada, a postas militares, polígonos de tiro y armerías hasta llegar a la toma de bancos y destacamentos policiales. Una vez que consideraron “haber logrado un desarrollo organizativo mínimo, una consolidación política y una técnica militar, y sobre todo, que el proceso del pueblo argentino había madurado lo suficiente como para prestar una adecuada receptividad a las acciones armadas”, decidieron darse a conocer con el secuestro y muerte de Aramburu y la toma de La Calera. En el mismo documento se manifestaba que la aspiración de Montoneros era constituirse, junto con las FAP “y otras organizaciones fraternas”, en “la vanguardia político-militar de las mas amplia base popular posible”, motivo por el cual la tarea militar no estaba “divorciada en ningún momento de la tarea de organización del pueblo”.<sup>32</sup>

<sup>29</sup> Entrevista del autor a José Amorín.

<sup>30</sup> Entrevista del autor a José Amorín.

<sup>31</sup> Entrevistas del autor a Elvio Alberione, Antonio Riestra y Roberto Perdía.

<sup>32</sup> “Hablan los Montoneros, en *Revista Cristianismo y Revolución* N° 26, noviembre-diciembre 1970, p. 11-14.

En un reportaje de comienzos de 1971, los guerrilleros fueron preguntados acerca de cómo encaraban el problema clave de la relación con las masas. En la respuesta se reiteraba que la tarea militar no estaba divorciada en ningún momento de la tarea de organización del pueblo, y que esta última buscaba “abrir canales de comunicación” y “extender la organización a todos los niveles o frentes de acción: el político, el sindical, el estudiantil”. No obstante ello, en la etapa en que se encontraban, esa tarea se reducía al intento de “incorporar a las luchas de masas, por medio del ejemplo, las formas organizativas y los métodos de lucha propios de una organización armada”.<sup>33</sup> Si la relación se limitaba al “ejemplo” que la organización armada brindaba a los frentes de masas, evidentemente todavía primaba –por lo menos en la teoría– la idea de desarrollar el “pequeño motor” –el foco– para después sí, poner en funcionamiento el “gran motor” de las masas.

En los primeros meses de 1971 varios factores confluyeron para que las concepciones que habían prevalecido hasta ese momento sufrieran algunos cambios importantes: 1º) sobre todo a partir del secuestro de Aramburu la escalada de violencia política se había multiplicado geométricamente; 2º) la revuelta popular conocida como “Viborazo” ocurrida en Córdoba en marzo de 1971, sumada a la violencia política y al estado de contestación generalizado, provocó la caída del presidente Levingston y la llegada a la primera magistratura del teniente general Lanusse, quien desde ese momento se abocaría a buscar una salida política para una desfalleciente Revolución Argentina; 3º) a partir del explícito apoyo de Perón y de la simpatía que había concitado la muerte de Aramburu, Montoneros gozaba de una no despreciable popularidad entre las bases peronistas; 4º) tras las dificultades de mediados de 1970, Montoneros había logrado una relativa estabilidad y realizaba operaciones armadas en Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Tucumán y Salta (Lanusse, 2004). Todas estas circunstancias seguramente ayuden a explicar el porqué de una nueva estrategia en la relación entre la vanguardia armada y los frentes de masas: la creación de las Unidades Básicas Revolucionarias (UBR), un nivel dentro de la organización destinado a hacer de canal de comunicación entre los combatientes y las organizaciones políticas.

El primer documento en el que se mencionan las UBR apareció publicado en septiembre de 1971.<sup>34</sup> En el mismo se sostenía que tras el deterioro político y económico del régimen, correspondía en ese momento encarar su deterioro militar con el objeto de “eliminarlo y triunfar definitivamente”. Al irse reduciendo su margen de maniobra, el régimen recurriría cada vez más

<sup>33</sup> “El llanto del enemigo”, en *Revista Cristianismo y Revolución* N° 28, abril 1971, p. 70-73.

<sup>34</sup> “Las armas de la Independencia hoy están apuntadas hacia el pueblo”, *Revista Cristianismo y Revolución* N° 30, septiembre 1971, p. 13-15.

a la fuerza militar. En consecuencia, allí era donde se debía golpear, “para lo cual tendremos que ir organizándonos militarmente, armándonos y pertrechándonos”. Estas tareas venían siendo realizadas por las Unidades Básicas de Combate (UBC), expresión con la cual se denominaba internamente a las células armadas que operaban militarmente desde hacía tiempo. Pero al tratarse de una “guerra del Pueblo”, no se iba a terminar de un día para otro, sino que sería de larga duración y en la misma debería “participar todo el pueblo”. Por ello el pueblo debía “ser los ojos, los oídos y la boca de los combatientes”. El pueblo “organizado en Unidades Básicas Revolucionarias” debía realizar tareas de información, comunicación y propaganda para facilitar la labor de las UBC. Debían ser los activistas y militantes de base los que dieran la cara para encubrir a los combatientes clandestinos, y de allí debía provenir la red de depósitos y refugios necesario para el desarrollo de las tareas armadas. Debían ser ellos los que promovieran las movilizaciones populares para desgastar al régimen y fortalecer la conciencia y la organización de las bases. Finalmente, “aquellos más preparados y decididos” tomarían las armas y se incorporarían a las unidades de combate.

De esa manera, todos tenían un lugar y una función en la lucha, y todas las formas de lucha –desde las acciones insurreccionales como el Cordobazo hasta el asalto a un banco– participaban de una estrategia de conjunto, que era el desarrollo de la Guerra Revolucionaria para la conquista del poder por el pueblo. Por eso había que “cubrir todos los terrenos: la fábrica, el barrio, la villa, el campo, la universidad”. En cada uno había que “construir y fortalecer los vínculos entre los combatientes y las bases, entre las unidades de combate y las unidades básicas del movimiento”.

#### **4. Un principio de síntesis: Fidel Castro, Perón y la propia experiencia**

Los documentos mencionados anteriormente fueron públicos, pensados sobre todo para dar a conocer las ideas de Montoneros. Cabe suponer por tal motivo que pasaban una suerte de “filtro” que los tomaran más comprensibles y “presentables” antes los ojos de la sociedad. Distinto es el caso de un documento interno de comienzos de 1972 denominado “línea político-militar”, en donde temas tales como la forma organizativa y la relación con los frentes de masas eran tratados más explícitamente y con mayor nivel de profundidad.<sup>35</sup> A partir del análisis del mismo, surge que Montoneros

<sup>35</sup> “Línea político militar”, en Baschetti, Roberto (comp.): *Documentos (1970-1973), De la guerrilla peronista al gobierno popular*, La Plata, De La Campana, 1995, p. 249-270.

combinó en su seno las ideas que impuso la Revolución Cubana acerca de la teoría revolucionaria, con la historia de sus propios militantes previa a la configuración de la organización armada, lo que incluía una siempre “incómoda” identidad peronista.

Comenzando con un tono guevarista, en el documento se sostenía que la guerra era la forma más alta de la lucha política. Ello se reafirmaba por el hecho de que –tal como lo demostraban las experiencias del último cuarto de siglo– la forma electoral, las huelgas revolucionarias, las insurrecciones masivas y los golpes militares no habían logrado conseguir el poder. Se sostenía en consecuencia que era necesario “emprender una nueva etapa de la lucha política por la toma del poder: la guerra”, que sólo sería posible desarrollar movilizándolo a las masas.

Se trataría de una guerra revolucionaria “total, nacional y prolongada”, que necesitaba de la construcción del ejército popular. Por lo tanto –se reiteraba– el método principal era la lucha armada, lo que había implicado en primer término la formación del grupo guerrillero. Los métodos revolucionarios secundarios eran variados, e incluían acciones paramilitares, actos reivindicativos, lucha callejera, hechos insurreccionales y “hasta la lucha electoral entendida como la movilización popular por sus reivindicaciones, su programa y su líder”. Esas acciones debían ser realizadas por las unidades de activistas y por el pueblo en su conjunto cuando adquiriesen carácter masivo.

Si bien los métodos secundarios se subordinaban al principal en la estrategia, coyunturalmente alguno de ellos podía “adquirir desde el punto de vista de la conciencia de las masas, mayor peso que el método principal”. Más adelante se sostenía que cuando el régimen creaba expectativas electorales como en aquel momento, resurgían las estructuras del partido Justicialista, siendo ese un aspecto que no había que dejar de lado. Por tal motivo, debía actuarse sobre los sectores que se acercaran a las unidades básicas del partido, esclareciéndolos sobre la estrategia y políticas correctas pero teniendo presente permanentemente “la necesidad de ir forjando una alternativa organizativa absolutamente independiente del sistema oligárquico-imperialista y de los traidores del movimiento”.

La “tolerancia” hacia la salida electoral –impensable pocos meses antes– parecía estar tomando nota de la nueva realidad política del país y del hecho de que Perón apoyase esa vía de acceso al poder. No debe perderse de vista que durante 1971 el gobierno de Lanusse había tomado diversas medidas que tornaban verosímil la realización de elecciones: en abril fue el levantamiento de la veda a los Partidos Políticos, en junio la promulgación del Estatuto de los mismos partidos y en septiembre el anuncio de elecciones para marzo de 1973.

El documento retomaba la lógica cubana cuando hablaba de las formas organizativas, afirmando que a pesar de que variaban reconocían fundamentalmente “la unidad político-militar de los cuadros”, y planteaban la formación de una herramienta organizativa que desde el surgimiento de la guerrilla hasta el desarrollo del ejército popular reconociera siempre el mando único político-militar. Luego se mencionaban tres etapas de la guerra revolucionaria en la Argentina. La primera era la formación del grupo guerrillero inicial, como “generador de conciencia” en cuanto al método de lucha, “acelerador de organización y catalizador de condiciones revolucionarias”. El mismo debía construir la organización político-militar y formar cuadros político-militares que serían los conductores del ejército popular.

La segunda etapa se correspondía con la expansión de la organización político-militar a todos los frentes de militancia. En la misma debían incorporarse los métodos de lucha y las formas organizativas de la guerrilla a la práctica de las masas, “a través de la construcción de los canales de comunicación orgánicos entre los combatientes y la base”. La culminación de la segunda etapa significaba “la superación del período foquista”, que se daba cuando se cumplían dos condiciones: el reconocimiento e identificación política de la base hacia la organización político-militar, y la existencia de canales de comunicación orgánicos entre los combatientes y la base. El cumplimiento de estas dos condiciones implicaba “un considerable control político-militar de la organización en la población”.

Finalmente, la tercera etapa debía ser de “expansión de la guerra de guerrillas con la paulatina incorporación de la base popular a la guerra y la iniciación de las operaciones de aniquilamiento físico del enemigo”. Al momento del documento, Montoneros se proponía consolidar la primera etapa y desarrollar la segunda, en el marco del “fracaso en la conducción del proceso de la generación” que había protagonizado la resistencia peronista posterior a 1955. El principal objetivo era, por lo tanto, la “construcción de la organización político-militar peronista de proyección estratégica”. No se trataba de una organización político-militar sólo por la formación de sus cuadros o por la subordinación militar a la concepción política, sino también por la existencia de distintos niveles organizativos con funciones diferentes, todos los cuales debían “subordinarse estratégicamente al método principal”, que era la lucha armada.

En la línea de Debray, aquella concepción suprimía “la falsa contradicción entre la lucha de guerrillas y la lucha de masas, entre las organizaciones armadas y las organizaciones políticas”, ya que no había un movimiento o un partido que tuviera un brazo o una vanguardia armada, ni un partido preexistente a un ejército. Lo que debía haber era “una organización revolu-

cionaria político-militar peronista”, con distintos niveles de encuadramiento que determinarían diferentes funciones o formas de hacer la guerra. Lo que se estaba haciendo, en definitiva, era “construir simultáneamente un partido y un ejército” en el cual no todos combatían con las armas en las manos, aunque sí debían tener una concepción político-militar de la lucha.

Los métodos revolucionarios debían ser utilizados para la destrucción progresiva de los pilares que sostenían al sistema: el económico, el político, el cultural y el militar, y abarcaban en consecuencia acciones armadas, acciones paramilitares, movilizaciones populares, “penetración ideológica en el seno del enemigo” y propaganda. Esos métodos podían desarrollarse en forma separada o conjunta, pero lo fundamental era que estuvieran orientados hacia el objetivo estratégico. Para lograr una adecuada coordinación era que se distinguían en la organización político-militar dos niveles principales: las Unidades Básicas de Combate (UBC) y las Unidades Básicas Revolucionarias (UBR).

Las UBC eran células que operaban en una determinada zona geográfica, compartimentadas y totalmente clandestinas, que además de combatir tenían por función conducir estratégicamente el proceso revolucionario. Las UBR o cuadros medios no constituían un aparato de superficie sino –al igual que las UBC– un nivel dentro de la organización guerrillera, sometido al mismo funcionamiento geográfico, celular y compartimentado. De todas formas –y a diferencia de las UBC– su clandestinidad era “abierta”, en el sentido de que los cuadros medios continuaban insertados en la base de la cual provenían para poder cumplir con sus diferentes funciones: ser canal de comunicación entre los combatientes y la base, esclarecer política e ideológicamente a la clase trabajadora y organizarla conformando agrupaciones, con el objetivo de convertirse en conducción táctica de las mismas. Por otra parte, estaban llamadas a imprimir a las luchas de carácter reivindicativo un sentido revolucionario, a extender la línea estratégica y la metodología de la organización político-militar a la base y a subir a los combatientes la conciencia y las inquietudes de la base.

Los dos niveles –UBC y UBR– debían ir formulando y conformando la estrategia de la organización en una unidad plena, señalando el método principal las primeras y en la conducción táctica y en la organización de la base las segundas. Aclaraba el documento que aquello no era un simple esquema organizativo, sino que debía traducirse en la construcción de la vanguardia, debido a que la misma tenía como tarea organizativa fundamental “la construcción de una estrategia revolucionaria del Movimiento Peronista, que reemplace las estructuras actuales que quedaron en un esquema reformista después de haber servido para los inicios de participación de los

trabajadores en el gobierno peronista". Ello implicaba el encuadramiento revolucionario de las masas que respondiera "totalmente a los intereses históricos de la clase obrera" y le permitiera "dictar políticas a las demás clases o sectores".

Por debajo de las UBR estaban las agrupaciones de base, que comprendían el nivel de las masas. Las agrupaciones –cuyos militantes podían no ser cuadros de Montoneros– debían, con la conducción de las UBR, guiar las movilizaciones populares. A su vez, estaban destinadas a posibilitar la organización e instrucción teórica y técnica del pueblo. El trabajo de base ocupaba en la concepción montonera una parte fundamental en la construcción de la vanguardia, y por lo tanto las agrupaciones debían responder a la misma línea estratégica de la organización político-militar.

Los frentes de lucha en los cuales debían operar las agrupaciones de base eran cuatro: el sindical, el barrial, el universitario y finalmente el agrario y de maestros. Todas las tareas en la base tenía como objetivo revolucionario el encuadramiento del pueblo y sus distintos sectores: los trabajadores, los estudiantes, los intelectuales, los profesionales, los curas revolucionarios e inclusive los militares que se sumaran a las fuerzas populares "dentro de la Organización Político-Militar Peronista, embrión y dirección del futuro ejército popular". De todas formas, el frente sindical era el principal, debido a que el trabajo político organizativo se desarrollaba en el seno de la clase trabajadora. Debían en consecuencia formarse agrupaciones de base político-gremiales que orientaran la lucha "contra la alianza tripartita de la patronal, la burocracia y el gobierno", pero evitando el desgaste en medidas meramente reivindicativas o en enfrentamientos internos sindicales, dirigiendo la acción fundamental en pro de los objetivos políticos de la clase obrera.

Entre los temas tratados en el documento interno, un capítulo aparte merece el rol que se le asignaba a Perón dentro del esquema estratégico planteado. Sostenía el texto que la función del líder en la lucha revolucionaria era impedir la consolidación del enemigo en el poder, "neutralizando y controlando la burocracia integracionista en su relación con el régimen y con el resto del Movimiento" y protegiendo a sus sectores revolucionarios. En consecuencia, Perón conformaba una línea estratégica "defensiva" de jaqueo al sistema. Por su parte, los "sectores revolucionarios" –es decir, Montoneros– llevaban adelante "una estrategia ofensiva", desarrollando el método principal de lucha, que era la lucha armada, y encuadrando a las bases en la organización político-militar. La conclusión acerca de la estrategia defensiva de Perón por una parte y la estrategia ofensiva de Montoneros por la otra resulta elocuente: una vez que la alternativa revolucionaria lograra desa-

rollarse y fuera inmune a la traición del “integracionismo”, la superestructura del Movimiento no sería ya necesaria y habría “finalizado la estrategia defensiva que por imperio de las relaciones de fuerzas viene implementando el general Perón desde 1955”. Cabe preguntarse cuál sería el papel asignado a Perón una vez concluida la estrategia defensiva, ya que el texto no otorga ninguna pista.

## 5. Consideraciones finales

En el documento de comienzos del año 1972 pueden verse cuáles eran los elementos que confluían en la elaboración de una estrategia por parte de Montoneros. En primer término, la indudable influencia de los principios foquistas de Debray, traducidos sobre todo en la idea de la lucha armada como método principal para la toma del poder, en la conducción estratégica del proceso revolucionario por parte de los combatientes y en la unidad del mando político y militar por parte de la vanguardia armada. En cuanto a la relación con los frentes de masas, nuevamente se percibe la impronta de Debray cuando se habla del inicio de vínculos orgánicos con las masas –a través de la creación de las UBR– como una “segunda etapa” que sucede a la etapa de corte netamente foquista, la de creación del grupo guerrillero.

A su vez, haber dado el paso de vincularse orgánicamente con organizaciones de superficie respondió también al hecho de que estos vínculos se vieran facilitados por la simpatía que Montoneros despertaba en gran parte de la base del peronismo, y por el apoyo que Perón les manifestaba. No eran pocos los dirigentes gremiales y políticos del peronismo –combativo o no– que buscaban tomar contacto con una organización que gozaba de un creciente prestigio y no se había desgastado en las larga historia de “traiciones” y “claudicaciones” que siguieron al derrocamiento de Perón en 1955. Por otra parte, cabe inferir que el hecho de que muchos de los guerrilleros vinieran de una larga y activa militancia de superficie y aún mantuvieran algunos vínculos con miembros de distintas agrupaciones de masas, haya facilitado la nueva política de desarrollar esos frentes de masas.

Finalmente, el hecho de declararse peronistas y reconocer el liderazgo de Perón provocaba algunos “cortocircuitos” con las ideas de Guevara y Debray, como por ejemplo afirmar enfáticamente que pensaban constituirse en la vanguardia del proceso revolucionario y reconocer en simultáneo el liderazgo estratégico de Perón. No extraña, en este contexto, el rol secundario asignado al líder exiliado en ese mismo proceso. A su vez, “digerir” el método electoral seguramente respondió a la decisión de alinearse –aunque sea parcialmente– con la estrategia que por ese entonces se perfilaba como prin-

cial para Perón. No deja de llamar la atención que aun ante aquella evidencia la organización enfatizara reiteradamente que la “guerra popular y prolongada” era la única estrategia adecuada para la toma del poder, y por lo tanto que la lucha armada constituía el método principal de entre todos los posibles. Las cambiantes circunstancias que seguirían al documento analizado pondrían a prueba las potenciales o actuales contradicciones entre las diferentes ideas en él reflejadas.

## Bibliografía

- Amaral, Samuel: “Del exilio al poder: la legitimidad recobrada”, en Amaral, Samuel / Ben Plotkin, Mariano (comp.): *Perón: del exilio al poder*, Tres de Febrero, EDUNTREF, 2004.
- Bozza, Juan A.: “El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de la radicalización, 1959-1969”, en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* N° 9/10, Primer y segundo semestre 2001.
- Duhalde, Eduardo L. / Pérez, Eduardo M.: 2001; *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base, Tomo I: Las FAP, La Plata, De la Campana*, 2001.
- Gillespie, Richard: *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.
- Lanusse, Lucas: *Montoneros y el mito de los doce. Antecedentes, orígenes y conformación de una organización político-militar*, tesis de Maestría inédita defendida en la Universidad de San Andrés en noviembre de 2004.
- Rot, Gabriel: *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 2000.
- Salas, Ernesto: *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2003.